

cimientos, con obras de virtud y misericordia hechas con pura intención de agradar á Dios: por ejemplo, oyendo á menudo el santo sacrificio de la Misa con devoción, rezando todos los días el santo Rosario en honor á la Virgen santísima, socorriendo á los pobres necesitados, visitando los enfermos, etc., todo por complacer á Dios: ¡Qué inmensos tesoros pudiéramos acopiar para el cielo si no dejáramos perder ninguna ocasión de santificarnos con actos repetidos de virtud!



MODO FÁCIL

DE MEDITAR LA PASIÓN DE JESUCRISTO

Considera quién es el que padece.—Es Cristo, Dios y hombre verdadero, Hijo del eterno Padre y de la purísima Virgen María: en cuanto Dios, infinitamente bueno; en cuanto hombre, el Santo de los santos, que no tiene culpa porque merezca padecer, ni necesidad de padecer para gozar de la gloria que se le debe.

Por quién padece.—Padece por los hombres el que no quiso padecer por los ángeles, y padece *por mí*, que soy tan ingrata á sus beneficios. Por mí, que le he ofendido muchas veces haciendo más caso de las persuasiones engañosas del enemigo que de sus preceptos y consejos; por mí, que he seguido al demonio, que me desea llevar al infierno, y le he dejado á Él, que tan á su costa procura llevarme al cielo...

Qué padece.—Tormentos, afrentas, deshonras, suma pobreza, desnudez, tristeza en el alma y dolores gravísimos en el cuerpo. Considera en cada paso lo particular que padece Cristo; por ejemplo, en los azotes á la columna, la multitud y rigor de ellos, la afrenta del castigo, la vergüenza de verse desnudo, las injurias que le dicen en la cruz, el dolor de los clavos, la sed, la hiel y vinagre, la afrenta de estar entre ladrones, etc.

Cómo padece.—Con tanto amor que todas las afrentas y dolores que sufre por los hombres le parecen breves y ligeras por la grandeza del amor; y si lo que padece por todos fuera necesario padecerlo por mí sola, amor tenía para todo. Con gran *silencio y paciencia*, sin abrir su boca para quejarse, ni de los jueces que le condenan sin culpa, ni de los verdugos que le atormentan sin compasión, ni de mí, que con mis culpas fui causa de sus penas, antes rogando por sus enemigos y por mí, ofreciendo por todos la sangre que derrama. Con exacta *obediencia*, no solamente á su Padre, cuya voluntad es que

padezca, mas aun á los verdugos, haciendo lo que le mandan, vistiéndose ó desnudándose, etc. Con profundísima *humildad*, no excusándose de los delitos que le imputan á pesar de ser tan graves y Él tan inocente. Y, finalmente, con ejercicio *de todas las virtudes*.

Por qué padece.—Para satisfacer por mis culpas, perdonar mis pecados, lavar me y blanquearme con su sangre, para que yo no padezca los tormentos del infierno, para comprarme el cielo, etcétera.

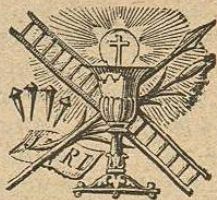
Con estas consideraciones me he de mover á cinco afectos principales:

1.º *Agradecimiento* á Cristo por lo que padece por mí.—2.º *Amor* de quien así me ama.—3.º *Aborrecimiento* de los pecados, que son causa de los tormentos de mi Señor.—4.º *Deseo* de padecer algo por quien tanto padece por mí.—5.º *Propósito* de imitar las virtudes que veo practicar á mi divino Maestro.

Dice el Beato Alberto Magno que la sencilla memoria y devota meditación de la Pasión de Cristo aprovecha más al hombre que ayunar un año entero á pan y agua, que disciplinarse cada

día hasta derramar sangre y que rezar cada día todo el Salterio. Citan y aprueban esta sentencia muchos varones doctos y espirituales.

(Del *Devocionario manual*.)



MEDITACIÓN. — DE LA GLORIA

PREPARACIÓN

1. *Ponte en la presencia de Dios.*
2. *Invócale.*

CONSIDERACIONES

1.^ª Considera qué gusto da, en una noche muy serena y hermosa, ver el cielo con tanta multitud y variedad de estrellas; imagina unida esta belleza con la de un hermoso día, de manera que la luz del Sol no estorbe la vista clara de las estrellas y de la Luna, y después asegura sin reparo que toda esta hermosura junta es nada en comparación del

cielo empíreo. ¡Oh qué lugar tan apetecible y amable! ¡Oh qué ciudad tan preciosa!

2.^a Considera la nobleza, hermosura y muchedumbre de los ciudadanos y habitantes de este lugar dichoso; aquellos millones de millones de ángeles, querubines y serafines; aquel ejército de apóstoles, mártires, confesores, vírgenes y matronas santas, que no tienen número. ¡Qué dichosa compañía! El menor de éstos excede á todo el mundo en belleza; pues ¿qué será verlos todos juntos? ¡Qué felicidad la suya, Dios mío, de estar cantando sin intermisión el dulce cántico del amor eterno! Gozan siempre de una constante alegría, se comunican unos á otros indecibles contentos, y viven gozando de una feliz é indisoluble sociedad.

3.^a Considera, finalmente, el bien que logran todos en gozar de Dios, que con su amabilísimo aspecto eternamente los regala, y derrama en sus corazones un abismo de delicias. ¡Qué dicha estar siempre unidos á su primer principio! Son los bienaventurados en el cielo como unos felices pajarillos que revolotean y cantan sin cesar en el aire puro de la divinidad, que por todas partes lo rodea con increíbles placeres. Allí cada uno, á cual mejor pero sin envidia, canta las alabanzas del Criador, diciendo: «Bendito seáis para siempre, dulce Criador y Salvador, que tan bueno sois para nosotros y tan liberalmente

nos comunicáis vuestra gloria.» Dios recíprocamente bendice con una bendición perpetua á todos los santos. «Benditas seáis vosotras para siempre,—dice,—amadas criaturas mías, que me habéis servido, y que me alabaréis eternamente con tanto amor y afecto.»

AFECTOS Y RESOLUCIONES

1.^o Admira y alaba esta patria celestial. ¡Oh cuán hermosa eres, amada Jerusalén mía, y qué bienaventurados tus habitantes!

2.^o Echa en cara á tu corazón su poco ánimo, que le ha hecho hasta ahora apartarse tanto del camino de esta gloriosa morada. ¿Por qué causa me he alejado tanto de mi felicidad suma? ¡Ah necia! Mil veces he dejado estas eternas é infinitas delicias por placeres insulsos y livianos. Pues ¿dónde estaba mi entendimiento cuando por tan vanos y despreciables deseos menospreciaba unos bienes tan dignos de ser apetecidos?

3.^o Aspira, sin embargo de eso, animosamente á esta mansión de delicias. Pues os habéis dignado, soberano y piadoso Señor, enderezar mis pasos por vuestros caminos, ya nunca me he de volver atrás. Vamos, alma mía, vamos á aquel descanso infinito; caminemos hacia aquella tierra de bendición que nos está prometida. ¿Qué hacemos en

este Egipto? Me desembarazaré, pues, de tales y tales cosas que me extravían ó retardan en este camino. Practicaré tales y tales que pueden conducirme allá.

Da gracias, ofrece, suplica.

(De San Francisco de Sales.)

PALABRA DE DIOS

Entre los medios más oportunos para adquirir la devoción débese contar la *palabra de Dios*, oída con espíritu atento y humilde. La misma experiencia demuestra esta verdad en el conocido aprovechamiento de aquellas almas que frecuentan los templos para asistir á tan santo ejercicio. Por eso el demonio ofrece cuantos estorbos puede inventar su malicia para impedirlo. La visita, el paseo, la diversión, el cumplido, la ceremonia de mundo, no son otra cosa más de dos veces que una mera razón de estado ó un fatal desperdicio de tiempo, en que aparta el demonio á muchas almas de aquellas exhortaciones en las que teme se han de convertir. ¡Oh cuántos se perdieron sin remedio por no asistir á los sermones! Teniales Dios vinculado el au-

xilio oportuno á aquella plática, á que no acudieron por su culpa, y de aquí tuvo principio su perdición. Es una cosa cierta que muchos de los que se condenan se salvarían oyendo la palabra de Dios por boca de sus ministros, y que no pocos dieran sazonados frutos de perfección como prendiera en sus almas el grano del Evangelio. Las voces del Señor estimulan á los perezosos y despiertan á los dormidos, siendo indudable que por este medio lograron infinitos la santificación. ¡Qué poco se convirtiera David si no oyera las voces de Natán! ¡Qué tarde se vistiera de saco y cilicio Nínive si no diera oídos á Jonás cuando le predicaba! Oye, pues, hija de María, la palabra de Dios; consévala en tu memoria para practicarla, que así lograrás la devoción verdadera, y en premio la eterna bienaventuranza.

Para que puedas sacar provecho de la palabra de Dios observarás las siguientes reglas:

1.^a Pedir luz al divino Espíritu á fin de que ilustre tu entendimiento y haga dócil tu corazón.

2.^a Escuchar la palabra de Dios con gran atención y con el único objeto de aprovecharse.

3.^a Escucharla como palabra de Dios, y no como palabra de hombre, y, por consiguiente, no mirar en quien la predica al hombre, sino á la persona de Dios, cuyas veces hace el ministro.

4.^a Aplicarse á sí mismo, y no á los demás, las verdades que se oyen.

5.^a Después del sermón ó instrucción, reflexionar atentamente sobre las cosas que más impresión han hecho en nuestra alma, pedir á Dios la gracia de no echar en olvido las verdades conocidas y poner en práctica las resoluciones que se han hecho.

LECTURA ESPIRITUAL

Si quieres, hija de María, nutrir tu alma de una piedad sólida y verdadera, acostúmbrate á leer buenos libros; ellos son los directores y predicadores mudos que nos aconsejan; reprenden y dicen las verdades sin lisonja ni temor; son como un maná celestial que alimenta nuestro corazón y le nutre de buenos y santos deseos. ¡Cuántos no deben su conversión á la lectura de un libro devoto! San Agustín, San Columbano,

San Ignacio de Loyola y otros muchos á quienes habló el Señor por los libros piadosos, prueban hasta la evidencia lo provechosa que es la lectura espiritual. Mas para que uses bien de este prodigioso medio de santificación he aquí la reglas que debes guardar:

1.^a No dejes pasar día alguno sin hacer tu lectura espiritual.

2.^a No leas indistintamente cualesquiera libros de piedad; lee los que te señalare el confesor ú otra persona prudente é instruida.

3.^a Proponte por objeto adelantar en la virtud, teniendo un verdadero deseo de conocer la voluntad de Dios y servirle más fielmente.

4.^a Antes de la lectura levanta tu corazón á Dios y dile: *Hablad, Señor, que vuestra sierva escucha.*

5.^a Lee pausada y atentamente: suspende la lectura de vez en cuando para hacer serias reflexiones, sobre todo cuando sientas iluminado tu entendimiento é inflamado tu corazón.

6.^a Pon en práctica luego las resoluciones.

7.^a No tengas prisa por leer mucho; lee despacio, y dedica cada día á la lectura el tiempo que tu director te señalare.



LECTURAS Y CONSEJOS

AMOR Y PRÁCTICA DE LAS PEQUEÑAS VIRTUDES

Nada más importante para quien vive con otros que practicar los que se llaman *pequeñas virtudes*, cuyo nombre se les da porque se refieren á objetos pequeños: una palabra, un gesto, una mirada, una atención. Sin ellas no hay paz doméstica, que es el principal consuelo en medio de las penas y calamidades que nos afligen en este valle tenebroso de nuestra peregrinación. ¡Desgraciada la casa donde en la práctica no se hace caso de estas virtudes! Pa-

dres é hijos, hermanos y hermanas, amos y servidores, todos viven en discordia; les falta aquel *suportantes invicem* de San Pablo, es decir, el sufrimiento mutuo.

Nada más fácil que su práctica. Los grandes actos de virtudes pocas veces pueden practicarse. Muchos de nosotros pasamos el tiempo de nuestra vida sin que una ofensa grave nos hiera ó una grosera calumnia nos infame, y así sería no ejercitar nunca, ó por lo menos muy rara vez, la paciencia si hubiésemos de esperar esas grandes ocasiones; así es que quien en la oración se ejercita sólo en pensar en lo que haría en ellas, sale más iracundo é intratable. No, estas *pequeñas virtudes*, además de tener ocasiones muy frecuentes para practicarse, no tienen estos peligros, ni aun el de la vanagloria (que tantos méritos roba á las personas piadosas). El perdón de una grave ofensa puede aún humanamente ser cosa gloriosa, pero el de una pequeña injuria nunca excita la admiración; y, sin embargo, ¡cuántas de éstas se te ofrecen que perdonar á cada instante!

Y, por consiguiente, ¡cuántos méritos muy sólidos puedes reunir á poca costa! En efecto, al insolente que te hiera en una mejilla, preséntale la otra; he aquí una acción evangélica que parece maravillosa; pero el callar cuando una mano torpe desordena el cabello ó desarregla el traje, ni siquiera se advierte.

Guardémonos de creer que se practican haciendo un obsequio á una persona á quien se quiere, pues esto es ceder á la amistad, á un sentimiento natural. Ante todo, la práctica de estas virtudes estriba en la caridad, esto es, en que sus actos sean por amor de Dios, y entonces tienen el grande mérito del óbolo de la viuda, alabada por nuestro Señor Jesucristo, y el premio de la vida eterna prometida á Pedro y sus hermanos, aunque sólo habian dejado unas redes viejas. Después debemos saber que su más verdadero ejercicio consiste en sufrir á los impertinentes é ingratos, y eso aun cuando sintamos rebullir en el fondo del corazón nuestras pequeñas pasiones; así, lo más exquisito de ellas se alcanza cuando se disimula una antipatía, un pesar,

un disgusto, una aversión. Esta especie de hipocresía es muy loable, porque, lejos de ser como la del mundo, disimular para hacer mal, es para hacer bien al prójimo.

¿Cuáles son, pues, las *pequeñas virtudes*? Son muchas; vedlas en compendio. Cierta indulgencia que perdona las faltas ajenas, aun cuando no pueda prometerse igual perdón para las propias; cierto disimulo que hace parecer que no se perciben defectos notables ó visibles, en vez de descubrir los ocultos; cierta compasión que para aliviarlas hace suyas las penas de otros, y una caritativa alegría en las satisfacciones ajenas; cierta bondad que nos hace aceptar y aplaudir sin envidia lo juicioso de otros, aunque no se nos haya ocurrido; cierta solicitud que se anticipa á las necesidades de los demás para evitarles ó la pena de sentirlos ó la humillación de pedir su alivio; cierta afabilidad tranquila que escucha á los importunos sin manifestar disgusto, é instruye al que no sabe sin reprensiones ásperas; cierta urbanidad que en los deberes de buena crianza muestra, no el disimulo de las gentes de mundo, sino una cordialidad sincera y cristiana. En resumen: son la afabilidad, la condescendencia, la sencillez, la mansedumbre, la suavidad en las miradas, en las acciones, en las

maneras y en las palabras, teniendo cada una de ellas por motivo la caridad, ó sea el amor del prójimo por Dios. Tales son las preciosas *virtudes* que, practicándose en cosas *pequeñas*, te valdrán, ¡oh hija de María! un gran cúmulo de méritos en la vida eterna.



RESPECTO EN LOS TEMPLOS

Yo soy tu Dios y tu Salvador, que te hago oír mi voz el día de hoy diciéndote las quejas de mi Corazón.

1.^a Es mi templo casa de oración, y no debes entrar en él con paso precipitado y poco reverente, ni venir á él con el fin de lucir tus trajes, ni llamar hacia ti la atención que á mí sólo me es debida. Tu porte debe ser honesto y sin aquellos adornos propios solamente de un paseo ó reunión profana; tu cabeza *bien cubierta*, como lo tengo ordenado por mi Iglesia.

2.^a Cuando te pones en mi presencia cuida de adorarme con respeto, y haz la señal de la cruz como es debido, con atención y reverencia, y no como por mofa y escarnio.